

Anuario de Estudios Centroamericanos

Revista académica de acceso abierto,
editada en la Facultad de Ciencias Sociales
de la Universidad de Costa Rica

Volumen 48, 2022
e-ISSN: 2215-4175

Artículos [Sección arbitrada]

Costa Rica: democracia, evangélicos y las elecciones estadounidenses del 2020

Costa Rica: Democracy, Evangelicals and the U.S. Elections of 2020

César Zúñiga Ramírez
Escuela de Ciencias de la Administración
Universidad Estatal a Distancia, Costa Rica

El *Anuario de Estudios Centroamericanos* (AECA), fundado en 1974, es una revista académica de **acceso abierto**, editada en la **Facultad de Ciencias Sociales** de la **Universidad de Costa Rica**. Es una **publicación continua**, presentada en **formato electrónico**. En la actualidad es una de las pocas publicaciones que se realizan sobre América Central bajo una perspectiva regional. El AECA **cubre temas** que se ocupan del análisis de la realidad histórica y presente de la región centroamericana y de las sociedades que la constituyen.

Síguenos:

Facebook: @elanuarioca

Instagram: @aecca_ucr

Portal de revistas de la Universidad de Costa Rica:

<https://revistas.ucr.ac.cr/index.php/anuario/index>

Envíos: <https://revistas.ucr.ac.cr/index.php/anuario/about/submissions>

Anuario de Estudios Centroamericanos

Volumen 48, 2022

© César Zúñiga Ramírez, 2022

LICENCIA CREATIVE COMMONS

Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Algunos derechos reservados

Usted es libre de copiar, distribuir y comunicar públicamente esta obra bajo las siguientes condiciones:

- Debe reconocer los créditos de la obra.
- No puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.
- La obra debe ser utilizada solo con propósitos no comerciales.



Costa Rica: democracia, evangélicos y las elecciones estadounidenses del 2020

*Costa Rica: Democracy, Evangelicals and the U.S.
Elections of 2020*

César Zúñiga Ramírez

Escuela de Ciencias de la Administración
Universidad Estatal a Distancia, Costa Rica

Recibido: 27/10/2021

Aceptado: 26/01/2022

Acerca de la persona autora

César Zúñiga Ramírez. Politólogo y administrador de empresas. Tiene una Licenciatura en Ciencias Políticas y una Maestría en Administración de Empresas, por la Universidad de Costa Rica, así como un Doctorado en Ciencias de la Administración, por la Universidad Estatal a Distancia (UNED). Es asesor parlamentario en su país y docente e investigador en el Doctorado en Ciencias de la Administración de la UNED, en el Doctorado en Ciencias Empresariales de la Universidad Fidélitas de Costa Rica y en el Doctorado en Gestión Pública y Ciencias Empresariales del Instituto Centroamericano de Administración Pública (ICAP). Fue profesor de la Escuela de Ciencias Políticas y de la Maestría Centroamericana en Ciencias Políticas de la Universidad de Costa Rica durante 16 años.

Contacto: zunigacaz@yahoo.com

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-7038-8301>

Resumen

El artículo estudia las poco exploradas relaciones entre los partidos evangélicos costarricenses y el fenómeno de Trump en la política electoral de los EE. UU. Luego de pasar revista del impacto estadounidense en el desarrollo del movimiento evangélico del país, en una visión histórica, el artículo analiza las discusiones sobre el imperialismo cultural y la construcción de la identidad, como conceptos relevantes para explicar las relaciones bajo análisis. El estudio deja en claro que la influencia de EE. UU. sobre el sistema de partidos costarricense es marginal: la tradicional estabilidad institucional de esta democracia ístmica ha permitido un desarrollo bastante autónomo de su proceso político. Como colofón, estos partidos no presentan vínculos claros con el Partido Republicano, ni en lo financiero, ni en lo ideológico, lo cual repercute en que para esos partidos la figura de Trump y las elecciones de 2020 pasaron de largo en cuanto a sus intereses y posiciones en el debate público de su país.

Palabras claves: protestantismo, política, elecciones estadounidenses, relación Iglesia-Estado, movimiento religioso, cultura dominante.

Abstract

This article pretends to study the little explored relations between evangelical political parties and the Trump phenomena in American electoral politics. After analyzing the American impact over the development of evangelical movement of this Central American country this essay explores the discussions about cultural imperialism and identity as key concepts that could explain the analyzed phenomena. The exam of the U.S. influence over the party system of its small neighbor is quite marginal: It seems that the traditional institutional stability of this isthmian democracy has allowed a very autonomous development of its political process in terms of the heavy American influence. In the end, the evangelical political parties do not have any link with the Republican Party, not in financial nor ideological aspects, which means that for these parties Trump's figure and the 2020 American elections pass by far in terms of their interests and positions about their country public debate.

Keywords: Protestantism, Politics, USA Elections, Church and State, Religious Movements, Dominant Cultures.

Introducción

Uno de los errores académicos más comunes en la Ciencia Política de América Latina, cuando se realiza el análisis de la política doméstica norteamericana, a propósito de su papel hegemónico en el continente, consiste en establecer vínculos demasiado lineales entre lo que pasa en el poderoso vecino del norte y la vida política de los países de la subregión. No obstante, la politología contemporánea debe hacer un esfuerzo no solo por deshacerse, hasta donde se pueda, de los prejuicios ideológicos e históricos que son naturales en una ciencia tan “política”, sino que debe cuestionar, permanentemente, los instrumentos conceptuales con los que pretende hacer un análisis empírico de las conexiones entre los sistemas políticos del continente.

Inspirada en las teorías del imperialismo y la dependencia que, sin duda, presentan elementos importantes para la política internacional de América, la politología latinoamericana tiende a endilgar una relación demasiado directa entre los virajes ideológicos y políticos de Estados Unidos de Norteamérica y las efemérides del mismo tinte en la subregión (Simbaña, 2015). El peligro de semejante simpleza no es solo que se lleguen a conclusiones inexactas sobre la dinámica política de nuestros países, sino que se establezcan conceptos que distorsionen la riqueza y la especificidad de la vida política de nuestras naciones *vis a vis* los procesos políticos extrasociales que, sin duda, tienen un impacto capital en la política doméstica de nuestras sociedades, como es el caso norteamericano.

En este contexto, el presente artículo pretende hacer una evaluación empírica y conceptual de la relación entre el viraje conservador representado por Trump, en las elecciones de Estados Unidos de Norteamérica en 2020 y el aumento en importancia del peso de los evangélicos en la política interna costarricense. La tentación académica y conceptual podría sugerir la idea de que ambos procesos están relacionados y que podría haber conexiones orgánicas entre estos, tanto en lo ideológico, político y económico; no obstante, los datos y las teorías deben dar cuenta de estas sospechas, con el fin de valorar las posibilidades reales de dichos vínculos.

El artículo parte de la hipótesis de que, en función del grado de madurez histórica del sistema político costarricense, y de su democracia, la más estable del subcontinente latinoamericano en una perspectiva histórica, no es posible percibir relaciones claras entre el viraje político que ha representado Trump en la política norteamericana, y el fortalecimiento de la política evangélica

costarricense; con la excepción de las coincidencias éticas que, en lo ideológico, se relacionan con la llamada agenda moral por la que combaten los grupos políticos de tradición cristiana en ambos países, en temas como el aborto, el matrimonio igualitario o la eutanasia.

Para lograr el cometido, el artículo realiza una ponderación del desarrollo histórico de los partidos evangélicos costarricenses, en función de sus posibles conexiones con la política norteamericana, la posible vinculación ideológica del movimiento encabezado por el político evangélico Fabricio Alvarado en las elecciones costarricenses del 2018 –las cuales ganó en primera ronda– y la relación entre su movimiento y la contienda electoral en Estados Unidos, en la búsqueda de Trump por reelegirse en la presidencia del poderoso país del norte.

La influencia norteamericana en el movimiento evangélico costarricense

Como todos los países latinoamericanos, desde una perspectiva histórica, Costa Rica ha sido una nación eminentemente católica. Como consecuencia de la colonización española del pequeño país ístmico, este se desarrolló desde la época colonial con la cobija del cristianismo católico romano, cuestión que se mantuvo vigente desde la llegada de su independencia en 1821, y hasta bien entrado el último cuarto del siglo XX, apenas ayer en términos históricos. De esta forma, para el año 1983, el porcentaje de católicos costarricenses rondaba el 85 % de la población, en tanto los evangélicos apenas llegaban a un 8,6 % (Holland, 2015).

No obstante, como veremos en esta sección, el movimiento evangélico del país centroamericano ha tenido un lento pero sostenido crecimiento histórico, el cual se ha dinamizado durante los últimos 40 años. Y está claro que, en este proceso, de manera permanente, la influencia del sector cristiano evangélico norteamericano ha tenido un papel decisivo y central para su desarrollo, tanto en relación con la teología que llega empaquetada a América Latina, así como de los recursos con los que se ha patrocinado.

Génesis y desarrollo del movimiento

A pesar de la notoria intolerancia religiosa que ha prevalecido entre los costarricenses en relación con las confesiones no católicas a lo largo de la historia, el origen del movimiento evangélico se puede ubicar un siglo y medio atrás, cuando en 1840 un grupo de personas angloparlantes llega al país y se

inician los primeros cultos de orientación protestante, amén de su fe religiosa (Gómez, 1996). Aunque la influencia norteamericana en el desarrollo evangélico de Costa Rica es muy significativa, ciertamente, en esta temprana etapa los cristianos no católicos venían de Inglaterra y Alemania, además de los Estados Unidos de Norteamérica (Zúñiga, 2019a).

Como se puede apreciar en la Tabla 1, desde 1840 hasta nuestros días el movimiento evangélico costarricense se ha desarrollado en cuatro fases claramente delimitables. En la primera etapa ocurrió la *génesis* del movimiento y su desarrollo inicial, como se dijo, de la mano de inmigrantes de tradición protestante, provenientes del viejo mundo, las Antillas y los Estados Unidos. En esta fase, debe recordarse, el poderoso vecino del norte estaba dando sus primeros pasos serios para llegar a convertirse en la principal superpotencia mundial para el siguiente siglo y, sin duda, el poder regional americano más importante. Por ese motivo, la presencia norteamericana en el proceso es colateral y complementaria a la de Europa, sobre todo Inglaterra, que era la primera potencia del orbe para entonces.

En cualquier caso, la integración mundial apenas empezaba a configurarse y Costa Rica todavía era un “lejano y poco significativo pueblo” para las grandes potencias mundiales, incluidos los norteamericanos que, en todo caso, habían sido expulsados del territorio costarricense en 1856, cuando la gesta heroica del pequeño país de campesinos detuvo la expansión filibustera *yanki* en Centroamérica, de la mano del ominoso invasor estadounidense William Walker. De hecho, como se dijo, durante este primer periodo las relaciones internacionales de Costa Rica con el mundo giraban, fundamentalmente, alrededor de las relaciones comerciales con Gran Bretaña, con la que se sentaron las bases para la exportación del café a Europa. En paralelo, el país empezó a desarrollar relaciones diplomáticas que, entre otras cosas, fueron esenciales para desacreditar el movimiento filibustero y para presionar al naciente imperio norteamericano para que su Estado no le diera apoyo a Walker y sus correligionarios (Obregón, 1985).

Para el periodo de *extensión* del movimiento evangélico, entre 1900 y 1950, la geopolítica mundial se empieza a transformar claramente y Estados Unidos comienza a emerger como la primera potencia del mundo y la región, cosa que se consolidaría al final de esta etapa, con la finalización de la Segunda Guerra Mundial. En este sentido, la cada vez más importante presencia económica, política y cultural norteamericana en América Latina, se observa claramente para el caso costarricense (Vega, 1986).

Tabla 1*Costa Rica: desarrollo del movimiento evangélico (1840-2021)*

Periodo	Características	Denominaciones/ Ministerios/ Partidos
Génesis (1840-1900)	Primeros cultos protestantes en el país. Primeras misiones y ministerios extranjeros. Inmigrantes de Europa, EE. UU. y las Antillas afrodescendientes.	Sociedad Misionera Bautista de Jamaica (1887) Iglesias Evangélicas Centroamericanas (1891) Metodistas británicos (1894) La Iglesia anglicana (1896)
Extensión (1900-1950)	Ingreso al país de las principales las confesiones protestantes de los EE. UU. Promoción de misiones e iglesias desde ese país.	Adventistas del Séptimo Día (1897) Asambleas de Dios (1944) Iglesia de Dios (1937) Iglesias Bíblicas (1921) Iglesia Metodista de Costa Rica (1918) Unión Nacional de Iglesias Bautistas (1944) Convención Bautista de Costa Rica (1944) Iglesia Santidad Pentecostal (1918) Seminario Bíblico Latinoamericano (1923)
Consolidación (1950-1980)	Nuevas confesiones y denominaciones Ministerios paraeclesiales	Ministerios: Asociación Roblealto pro Bienestar del Niño (1970), Radio "Faro del Caribe" (1948), Colegio Monterrey (1956), Caravanas de Buena Voluntad (1960), Ministerios Cristianos para los Anglo Parlantes (1968), Instituto Internacional de Evangelización a Fondo (1971), Centro Latinoamericano de Estudios Pastorales (1979). Sanatorios: Clínica Bíblica (1929). Denominaciones: Rosa de Sarón (1976), Evangélica Cuadrangular (1953), Iglesia de Cristo (1967), Movimiento Misionero Mundial (1963), Evangélica Nacional (1978), Iglesia de Dios Pentecostal (1970),

		Apostólica de Fe en Cristo Jesús (1959), Bíblicas Bautistas (1958), Conferencia Menonita Conservadora (1962), Misiones Transmundoiales (1970), Iglesia de Dios de la Profecía (1970), Pentecostal Unida (1976), Iglesia del Nazareno (1965), Comunidad Misionera Puerta de Fe (1975), Federación Alianza Evangélica Costarricense (1950) y la Confraternidad Evangélica Latinoamericana (1978).
Expansión (1980-2021)	Nuevas áreas paraeclesiales. Crecimiento de iglesias. Surgimiento de “megaiglesias” de más de 2000 miembros. Surgimiento de los partidos evangélicos.	<p>Ministerios radiales: Sendas de Vida, Lira, Estéreo Visión, Unción y Radio Celestial.</p> <p>Televisión: Enlace canal 23 –medio satelital con transmisión en Hispanoamérica– y Cristo Visión canal 31.</p> <p>Universidades: Universidad Adventista de Centroamérica (1986), Universidad Metodista de Costa Rica (2001), Universidad Bíblica Latinoamericana (1997)* y Universidad Evangélica de las Américas (1998).</p> <p>Partidos políticos: Partido Alianza Nacional Cristiana (PANC-1986), Partido Renovación Costarricense (PRC-1997), Partido Restauración Nacional (PRN-2005), Partido Alianza Demócrata Cristiana (PADC-2013) y Partido Nueva República (PNR-2019).</p>

Nota: *Nombre que asume el Seminario Bíblico Latinoamericano, fundado en 1923. Fuente: Elaboración propia a partir de Holland, 2015; Gómez, 1996; Fuentes, 2019; Zúñiga, 2021.

Por un lado, Estados Unidos penetra económicamente al país y crea una economía de enclave, para la producción de banano en su zona atlántica. Por otro lado, en lo religioso, aparecen las denominaciones evangélicas de origen estadounidense en Costa Rica, como los Adventistas del Séptimo Día o las

Asambleas de Dios, que hasta el día hoy son las dos confesiones más grandes en el país, así como otras más pequeñas, pero con importante presencia, como los metodistas, los bautistas y Santidad pentecostal (Holland, 2011).

El advenimiento de la Guerra Fría, como el conflicto ideológico, político y militar de las dos superpotencias ganadoras de la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos y la Unión Soviética, implicó el reforzamiento definitivo de la enorme preeminencia imperialista norteamericana sobre la subregión y, desde luego, en Costa Rica. No obstante, debe enfatizarse una circunstancia que le da una connotación muy *sui géneris* a las relaciones internacionales entre la pequeña nación centroamericana y el poderoso vecino del norte, a saber, la enorme estabilidad política y democrática de Costa Rica, que contrastó con la inmensa mayoría de los países latinoamericanos, caracterizados, históricamente, por sistemas políticos convulsos, guerras civiles y dictaduras sangrientas.

En efecto, luego de la guerra civil costarricense, acontecida en 1948, se funda un gobierno de facto que dirige al país durante 48 meses y, con ello, ocurre uno de los hechos históricos más inéditos del desarrollo político latinoamericano: si bien el gobierno se hace del poder por la vía de los hechos, durante los 2 años de su gestión, este desarrolla un conjunto de medidas y plataformas institucionales que llevarán a Costa Rica por la senda de la modernización –periférica, desde luego– a partir de 1950 y que, lo más notorio, consolidará las bases legales y culturales para el desarrollo de una vida política estable, de base democrática. En efecto, con las políticas de la Junta y con la Asamblea Nacional Constituyente de 1949, el país elimina el ejército como institución permanente, da independencia y poder a un Tribunal Supremo de Elecciones responsable de velar por la pureza del sufragio y moderniza toda la institucionalidad pública del país. Como colofón, la Junta llama a elecciones nacionales transparentes y garantizadas, y entrega el poder al ganador de las justas democráticas ese mismo año (Rovira, 1982).

Esta característica específica de la vida política costarricense modela las relaciones internacionales entre el país ístmico y los Estados Unidos, pues queda claro que, al no existir políticas imperialistas de control militar sobre el país periférico, como ocurrió prácticamente en la mayoría de los países latinoamericanos, en lo cultural, para lo que nos interesa, los costarricenses no sienten animadversión ni rencores hacia Washington, pues los “*marines*” nunca invadieron el territorio nacional (Rojas y Solís, 1988). En este contexto, está claro que, durante la etapa de *consolidación* del movimiento evangélico

costarricense, los misioneros norteamericanos pudieron trabajar con bastante facilidad y apertura en el país, lo cual se visualiza en el desarrollo de muchos ministerios eclesiásticos y paraeclesiásticos nuevos, y en la consolidación de aquellos ya existentes, de clara raíz norteamericana.

Este hecho político capital tiene un impacto de alta importancia a partir de la década de los años ochenta, cuando la Guerra Fría entra en su fase final, la *guerra de bajo impacto*, crucial en el contexto centroamericano, lo cual coincide con el inicio de la siguiente etapa del movimiento evangélico de Costa Rica, su *expansión*. En efecto, durante este decenio Centroamérica fue para la Guerra Fría uno de los principales escenarios del conflicto, mediante el cual las potencias aportaban los recursos y las armas, en tanto los nativos ponían la carne de cañón y la sangre (bajo impacto): en la mayoría de los países los gobiernos eran patrocinados por Washington y las guerrillas contrarrevolucionarias por Moscú, con la excepción de Nicaragua, que se había alineado al eje rojo de la mano de los sandinistas, en tanto la “Contra” era financiada por Estados Unidos (Dabène, 1992).

Esto ya había golpeado directamente el ámbito eclesial, pues las confesiones evangélicas no lograron escapar de la fría bipolaridad estratégica planetaria de entonces. Por un lado, algunos grupos locales articulados en el contexto del Consejo Latinoamericano de Iglesias (CLAI), fundado en Perú en 1982, se acercaron a las posturas del bloque soviético por medio del catecismo ideológico de la teología de la liberación, discurso religioso que ponía énfasis en la lucha por los pobres y en contra de las injusticias propias del capitalismo; en tanto otros se apertrecharon alrededor de la tesis más conservadoras –en ese momento– en cuanto a la defensa del capitalismo y la libertad, por medio de la Confraternidad Evangélica Latinoamericana (CONELA), antecedentes político más claro de la posterior participación evangélica en este ámbito (Fuentes, 2019).

Costa Rica era el único país del istmo que no era gobernado por una dictadura militar de derecha o de izquierda. Su proceso democrático, más que estable y articulado, venía desarrollándose sin contratiempos desde la década de los cincuenta, de tal manera que el alineamiento del país al eje norteamericano le generó un valor estratégico para el poderoso vecino del norte, que consideró a esta nación un “modelo” democrático para el subcontinente y, por lo tanto, una “joya política” con la cual presumir ideológica y simbólicamente. Desde luego, esta ventaja fue más que provechosa para Costa Rica, la cual, durante el decenio, recibió un promedio de un millón de dólares diarios de cooperación financiera bilateral no reembolsable de su importante padrino

político, lo cual no solo le permitió sortear la crisis económica de la época con bastante holgura, sino que consolidó las buenas relaciones diplomáticas entre los dos países (Lizano, 1999).

En el contexto de esta compleja ecuación geopolítica, que luego de la caída del bloque soviético deja a Estados Unidos como la potencia ganadora del conflicto, el movimiento evangélico entra en su etapa *expansiva* que se mantiene hasta hoy, la cual se caracteriza por el crecimiento exponencial de sus iglesias, el surgimiento de más ministerios paraeclesiales, entre los que sobresalen las universidades, colegios y medios de comunicación y, desde luego, la emergencia de los partidos políticos. El movimiento evangélico, en efecto, se nutre en lo ideológico y teológico de las oleadas de misioneros y recursos provenientes de los Estados Unidos, lo cual habla de una consolidación de las relaciones históricas entre los dos países, en esta materia. El resultado final, desde luego, fue el crecimiento de la feligresía evangélica del país, la cual pasó de un 8,6 % en 1983, como se indicó en las líneas atrás, a un 25,5 % en 2018 (Alfaro, Alpízar, Guzmán y Cascante, 2018).

Los partidos evangélicos costarricenses

El surgimiento de los llamados partidos políticos evangélicos en Costa Rica no solo ha sido uno de los fenómenos más disruptivos de su sistema político, sino que su desarrollo ha sido notable, al punto de que estos han venido teniendo una cada vez mayor influencia en el desarrollo político y democrático del país. Aún y si su peso fue bastante marginal hasta el año 2018, cuando el candidato evangélico Fabricio Alvarado logra ganar las elecciones nacionales en primera ronda y, con ello, encaja catorce curules entre las 57 que conforman el parlamento costarricense –la segunda bancada más grande para el período–, sus orígenes se ubican en la misma década de los ochenta, al calor de lo que hemos llamado la fase de expansión de su movimiento.

Su abordaje conceptual debe atenerse a la tipología diseñada por el sociólogo peruano José Luis Pérez-Guadalupe, el cual plantea tres clases de partidos políticos de esta naturaleza (Pérez, 2019). El *partido evangélico*, en sentido estricto, es aquel que se es creado por personas evangélicas en una perspectiva muy confesional, de tal manera que su visión es eminentemente religiosa, al punto de visualizar una suerte de teocracia en la Tierra, por su medio. Estas agrupaciones políticas tienden a ser demasiado “ingenuas” políticamente, al punto que en su religiosidad “política” no logran resultados concretos desde

el punto de vista electoral, tanto en escaños parlamentarios como en puestos en los gobiernos, nacional o locales.

El segundo formato de este tipo de organizaciones políticas es el *frente evangélico*, por mucho el más popular y exitoso de los casos conocidos, cuando menos en Costa Rica. Estos frentes son partidos compuestos fundamentalmente por evangélicos, pero abiertos a personas de otras confesiones religiosas, sobre todo católicos, y su movimiento político tiende a girar alrededor de la llamada agenda moral, vinculada con la lucha en contra del matrimonio entre personas del mismo sexo y el aborto. Por último, existen también las *facciones evangélicas*, las de mayor crecimiento en el contexto latinoamericano, las cuales son grupos de evangélicos claramente delimitados por su filiación religiosa, pero que se incorporan en los partidos ya existentes, sobre todo los tradicionales, para ganar posiciones de poder en su seno.

En la Tabla 2, se puede tener una visión panorámica de los partidos evangélicos costarricenses *vis a vis* sus distintos niveles de éxito electoral. En términos generales, como dije, su éxito electoral ha sido muy limitado, pues con la excepción de las elecciones del 2018 y 2022, más asociadas al candidato que a las agrupaciones políticas, los partidos apenas si han logrado representación parlamentaria y municipal a lo largo de su historia. Como se observa, el PANC es el único de los cinco partidos que se desarrolló bajo el formato de *partido evangélico* en sentido estricto y, a pesar de haber participado en muchos procesos electorales, no logró nunca ningún resultado concreto. Las otras cuatro agrupaciones políticas han desarrollado una estrategia de *frente evangélico* y, en ese tanto, han tenido éxito intermitente y limitado, lo que habla de su marginalidad política en el contexto costarricense, con las excepciones dichas.

Tabla 2
Costa Rica: partidos de orientación evangélica (1981-2020)

Partido	Duración*	Tipo	Logros electorales
Partido Alianza Nacional Cristiana (PANC)	1981-2002	Partido evangélico	Ninguno
Partido Renovación Costarricense (PRC)	1997-2022	Frente evangélico	-Participó en 7 elecciones nacionales. -Obtuvo una curul en 3 de ellas, y dos curules en una. En tres elecciones no logró representación parlamentaria (2006, 2018 y 2022). -Participó en seis elecciones locales, en las que logra una alcaldía y algunas regidurías en algunas provincias del país.
Partido Restauración Nacional (PRN)	2005-2022	Frente evangélico	-Participó en dos elecciones para diputados (en la provincia de San José), en la que logró una curul en cada una. -Participó en tres elecciones nacionales, en las que logra una curul en la primera, 14 en la segunda -de la mano de Fabricio Alvarado- y ninguna en la tercera. -Participó en cinco elecciones locales, en las que logra algunas regidurías en algunas provincias del país.
Partido Alianza Demócrata Cristiana (PADC)	2014-2022	Frente evangélico	-Participó en una elección para diputados (en la provincia de Cartago), en la que logró una curul. -Participó en dos elecciones nacionales, en la que no logra curules. -Participó en dos elecciones locales, en las que logra algunas regidurías en algunas provincias del país y una alcaldía en la provincia de Cartago.

Partido Nueva República (PNR)	2019-2022	Frente evangélico	<p>-Participó en una elección local y logró representación en varias municipalidades, en todas las provincias del país.</p> <p>-En su primera participación en una elección nacional, de la mano de Fabricio Alvarado, obtuvo 7 curules parlamentarias y fue la tercera fuerza más votada para la presidencia de la República.</p>
-------------------------------	-----------	-------------------	--

Nota: *Se refiere a la fecha de fundación y hasta la última elección en la que han participado. En Costa Rica, la última elección realizada a la fecha fue el proceso nacional de 2022. Fuente: Elaboración propia a partir de en Zúñiga (2021) y Tribunal Supremo de Elecciones [TSE] (2022).

En efecto, mientras ni el PRC, el PADC y el PRN lograron curules en todas las elecciones nacionales en las que participaron, en las locales lograron una alcaldía los dos primeros –elección del funcionario ejecutivo del gobierno local–, en condiciones políticamente muy particulares, así como algunas regidurías (concejales de los ayuntamientos), aunque no significativas en número. El PRN ha tenido un desempeño más que limitado hasta el 2014, una curul en cada elección nacional y un par de regidurías en las elecciones locales, un fracaso den 2022 cuando no obtuvo curules por primera vez en su historia, pero un logro sorprendente en 2018, de la mano de su candidato presidencial Fabricio Alvarado y en un contexto muy particular, vinculado con la discusión que se generó en el país en torno del matrimonio entre personas del mismo sexo, promovido por el gobierno de entonces y por la Corte Interamericana de Derechos Humanos (Alfaro *et al.*, 2018).

Finalmente, el PNR, agrupación política fundada por Alvarado luego de salir de las filas restauracionistas, en medio de un serio conflicto de cúpulas, apenas había participado en una elección local, en la que, sin embargo, alcanzó los mejores números de entre los cuatro partidos “hermanos” participantes, al lograr representación en municipalidades de todas las provincias del país, y tuvo un buen desempeño en 2022, al ser el único partido evangélico en lograr curules, un total de siete, que lo deja como la cuarta fuerza parlamentaria de

entre seis fracciones, y al quedar su candidato presidencial de tercero, a poco menos de dos puntos porcentuales del segundo lugar (TSE, 2020).¹

Más allá de los resultados y dinámicas internas y entre estos partidos, lo que es relevante para este ensayo es si estos han tenido alguna conexión o vínculo con la política norteamericana, particularmente, con el Partido Republicano de ese país, que es la agrupación política que representa predominantemente a los evangélicos estadounidenses. Para el caso costarricense, está más que claro que no existe ninguna evidencia o indicio que vincule a los partidos evangélicos existentes con su homólogo norteamericano, ni con ninguna fundación y organización civil que en EE. UU. pudiera mover recursos, financieros y humanos para apoyar la dinámica de los partidos evangélicos.

Los factores explicativos de esta circunstancia son múltiples y se expresan en una cadena de causalidad dual. En primer lugar y lo más importante, la democracia costarricense ha logrado un nivel de madurez muy significativo y, en ese tanto, su desarrollo autónomo y autorreferente no permite, culturalmente, la intromisión de fuerzas ideológicas y políticas extranjeras de manera directa. Los costarricenses viven intensamente su democracia, la atesoran como uno de los elementos más importantes de su vida colectiva y son celosos y orgullosos de su facticidad y funcionamiento. En este aspecto, los partidos evangélicos y el sistema electoral no presentan las características necesarias para que un partido extranjero los pueda instrumentalizar o impactar más allá de lo ideológico, como ocurre con todas las democracias del mundo (Rosales, 2009).

Por otro lado, las reglas que impone el sistema electoral costarricense son muy contundentes sobre las posibilidades reales relacionadas con la existencia de estas conexiones. Si bien el ordenamiento electoral costarricense no impide que los partidos domésticos puedan tener relaciones de cooperación ideológica y programática con sus pares de otros países, sí es muy directo en cuanto a que, en el plano financiero y operativo de las agrupaciones políticas, existe una tajante prohibición al respecto. De hecho, esta regla es muy restrictiva para los partidos costarricenses, los cuales no pueden recibir contribuciones ni de personas jurídicas nacionales o foráneas, ni de personas físicas extranjeras, lo cual, si se contraviene, es considerado un delito en la legislación electoral del país (TSE, 2009).

1 Sobre los resultados electorales para diputados y diputadas del 2022, véase TSE (2022).

El conservadurismo norteamericano y su impacto en Costa Rica: ¿existe el imperialismo cultural evangélico?

Uno de los puntos de vista más importantes y populares en las ciencias sociales latinoamericanas, en una perspectiva histórica, ha sido la *teoría del imperialismo cultural*, la cual sostiene que la preeminencia imperialista de los países centrales –desarrollados– sobre los periféricos –en desarrollo– se expresa no solo en el ámbito económico –control de mercados y sectores productivos en la periferia– o político –control de los sistemas políticos domésticos–, sino también el plano cultural (Vranicki, 1977). Inspirados en la filosofía marxista, particularmente en los trabajos de Lenin y Gramsci, así como en la teoría de la dependencia, los teóricos del imperialismo cultural sostienen que los países centrales ejercen dominio sobre sus homónimos periféricos por medio de los aparatos ideológicos de dominación cultural, entre los que destacan los medios de comunicación, los exportadores de productos culturales –cine, televisión, radio–, las firmas transnacionales y, desde luego, la religión (Lozano, 1996).

De esta forma, se trata de la penetración de la cultura de un país central y dominante, lo que incluye valores, cosmologías, visiones del mundo, actitudes económicas y políticas, estilos de vida e ideas transcendentales, que se imponen sobre los países periféricos que aquel impacta, a expensas de su identidad y consistencia cultural (Lozano, 1996). Este brazo del imperialismo se entiende como una ampliación y adición a la pesada preeminencia de lo económico y político, como se explicó, de tal suerte que las oleadas culturales de un pequeño pero poderoso número de naciones –países centrales– imponen creencias, valores normas y modos de vida sobre una gran cantidad de países dependientes y periféricos. Y, obviamente, para el caso de América Latina, la imposición de componentes esenciales de la cultura estadounidense sobre el subcontinente es, a todas luces, la manifestación fáctica de algunos de los supuestos de esta teoría (Vázquez, 2020).

A pesar del valor heurístico e histórico de esta aproximación conceptual, está claro que la configuración del mundo contemporáneo, con sus complejos e inciertos procesos globales y locales, que se interconectan al mismo tiempo, impiden pensar en una visión mecanicista de la situación, en la que el predominio cultural de los países centrales se impone sin más sobre el imaginario de los países dependientes. Por más pesada que sea la influencia de los países centrales sobre la periferia, lo cierto del caso es que en cada caso concreto se deben evaluar los contextos específicos en todos los órdenes,

político, económico y, desde luego, cultural, para saber hasta qué punto ocurre la penetración de creencias, conductas y estilos de vida que sugiere la teoría. De esta forma, las teorías del imperialismo cultural:

Se quedan cortas en sus respuestas, especialmente porque no consideran la dinámica cultural de la incorporación de las formas locales por parte del sistema global de producción económica y cultural. Una economía política más adecuada debe resaltar las apropiaciones efectuadas por las culturas locales de las formas translocales de capital. Visto desde la perspectiva local, ello significa investigar cómo las fuerzas externas –el capital y la modernidad, en general– son procesadas, expresadas y reformadas por las comunidades locales (Escobar, 2007, p. 172).

Para lo que nos interesa en este ensayo, la influencia del imperialismo cultural norteamericano sobre la vida política costarricense no debe evaluarse sin considerar el peaje que, sin duda ninguna, debe pagar su penetración al sistema político doméstico, en función de su historia y estabilidad comprobada en el contexto latinoamericano. A lo largo de la historia, de hecho, el sistema político costarricense ha enfrentado y se ha adaptado ante el poderío norteamericano, dentro de los estrictos márgenes de maniobra que fácticamente tiene como país periférico, al punto que, en la década de los ochenta, en medio de una guerra civil generalizada en los países centroamericanos, Costa Rica enfrentó el esfuerzo norteamericano por imponer su pesado brazo militar en la subregión. Primero, con una política exterior de neutralidad y luego con un plan de paz que logró estructurar un proceso para la salida pacífica de la crisis, naturalmente, apoyado por vientos internacionales que soplaron en su beneficio, en particular, por la caída del antiguo bloque soviético (Rojas, 1992).

Sin perder de vista la dimensión crítica que aporta la teoría del imperialismo cultural a estos análisis, está claro que un enfoque más relacional y que contempla las relaciones de interdependencia compleja de todas las naciones y regiones del mundo, evita caer en posibles sobresimplificaciones. La *teoría de la identidad*, en ese tanto, permite atenuar mejor estas interacciones culturales, religiosas y políticas que originalmente abordó la teoría del imperialismo cultural, pues reconoce que el mundo entero es el escenario del conflicto bipolar entre un yo –persona humana– que trata de encontrar significado a su existencia, por medio de la construcción de una identidad basada en materiales culturales primarios, como la nación, la etnia, la sexualidad y la religión, entre otros, y un mundo globalizado que trata de articular la existencia humana por medio de redes instrumentales globales, que tienden a vaciar de sentido la existencia cotidiana de las personas, al tenor de la tromba globalizadora (Castells, 1998).

De esta forma, la identidad se construye en una aldea global que no concede la preeminencia que EE. UU. tenía en la teoría del imperialismo cultural, pero que reconoce su importancia en la construcción de los nuevos universos culturales globalizados:

En términos políticos esto quiere decir que, en lo sucesivo, ya no podrá hablarse de «imperialismo cultural» de los Estados Unidos respecto del resto del mundo -tema que moviliza entonces numerosas teorías y movimientos críticos con la hegemonía norteamericana- toda vez que sus industrias culturales, sus modos y modelos de organización se han convertido, naturalmente, en universales; lo que propone Estados Unidos es un modelo «global de modernidad», son esquemas de comportamiento y de valores que sean imitados por todo el planeta (Mattelart, 2000, p. 371).

El grado de institucionalización del sistema de partidos de Costa Rica, por otro lado, si bien no ha logrado el nivel de solidez y consistencia que se le exigiría a un sistema político con una trayectoria democrática como la costarricense, sí tiene un nivel de desarrollo que de ninguna manera puede legitimar la tesis de que los partidos existentes se encuentran instrumentalizados o, incluso, sobredeterminados, aún en lo ideológico, por los partidos norteamericanos (Rosales, 2009). Para el caso de los partidos evangélicos en América Latina, la tentación de establecer esta linealidad de dependencia y determinación respecto del Partido Republicano estadounidense no debe pasar de largo del análisis histórico, cultural y político de los países de la subregión.

La tentadora causalidad, sin duda, es producto del notorio peso que los evangélicos norteamericanos tienen en la agrupación política republicana. No se debe, sin embargo, hacer un análisis demasiado análogo de esta circunstancia, pues los Estados Unidos, a diferencia de las naciones latinoamericanas, ha sido un país claramente construido, en su historia y su cultura, desde las bases de un cristianismo evangélico de base, la religión dominante del primer país de tradición protestante fuera de las fronteras europeas. En este contexto, ya hace varias décadas, los cristianos evangélicos norteamericanos, la mayoría de la población, como se dijo, se han afincado en el Partido Republicano, en el que abrazan el conservadurismo moral y el libertarianismo económico:

Con la salvación garantizada, mientras se observe estrictamente la Biblia como cristiano, y se cuente con una familia patriarcal estable como sólida base de la vida, los negocios marcharán bien, siempre que el gobierno no interfiera en la economía, deje a su suerte a los pobres indignos, y ponga impuestos dentro de unos límites razonables (en torno a un 10 % de los ingresos). En efecto, a los fundamentalistas cristianos no parece preocuparles la

contradicción que existe entre ser teócratas morales y libertarios económicos (Castells, 1998, p. 46).

Si a esta ecuación definida por Castells, más allá de su lenguaje lúdico y crítico, se le adiciona la vocación narrativa mesiánica del imperialismo norteamericano en la región latinoamericana, la tentación señalada en las líneas precedentes se vuelve todavía más atractiva:

Las relaciones con América Latina se han basado generalmente en una visión que podría denominarse de "hegemonismo mesiánico". Esta visión, por una parte, carece de flexibilidad y con frecuencia adolece de un ahistoricismo precoz, producto de una extrapolación de su propia cultura a otras áreas; por la otra, se reduce en la práctica a una convencional aceptación del "status quo", cuyo objetivo busca que no se amenace en el corto plazo la seguridad nacional de los Estados Unidos. Este moralismo, además, se basa en una ecuación política en la cual democracia es sinónimo de capitalismo, y ambos términos referidos casi de manera exclusiva al liberalismo en su acepción más ortodoxa en el campo económico. Cualquier amenaza a las concepciones liberales es entendida como amenaza directa a la democracia –en el sentido aquí descrito– y en consecuencia, a los intereses de los EE. UU., lo cual no es tolerado (Rojas y Solís, 1988, pp. 23-24).

En Costa Rica el mesianismo imperialista norteamericano del tipo republicano no ha logrado colarse entre los partidos evangélicos del país, justamente, porque la cultura política de los costarricenses y las agrupaciones políticas de su sistema de partidos, más institucionalizado que muchos de sus sistemas hermanos en América Latina, presentan una autonomía ideológica que no es extrapolable al caso estadounidense. Si bien los partidos evangélicos costarricenses son claramente conservadores en el plano moral, ciertamente, no son libertarios en el ámbito económico, cosa que se observa en el hecho de que el Partido Movimiento Libertario que existe y que ha operado en las últimas dos décadas en la vida política del país, y que ha logrado cierto éxito relativo desde su nacimiento, no tiene ninguna relación con los partidos evangélicos (Zúñiga, 2019b).

Este desfase entre el libertarianismo ideológico y los partidos evangélicos, se puede confirmar mediante un análisis panorámico del plan de gobierno de Fabricio Alvarado, candidato presidencial que ganó la primera ronda electoral en 2018, y que logró generar 14 curules para el Partido Restauración Nacional, único partido evangélico con representación parlamentaria durante el periodo constitucional 2018-2022, pues en efecto, presenta un claro conservadurismo moral al oponerse al aborto y la legalización del matrimonio de personas del mismo sexo, a la vez que define a la familia como el eje esencial para

desarrollar políticas públicas idóneas. No obstante, en el plano económico, dicho programa no presenta rasgos libertarios en casi ningún sentido, y más bien se pliega a la tradicional cultura política de los partidos costarricenses, de acercarse siempre al centro del espectro ideológico, para adoptar una postura económica y social de centro derecha, en la que se le concede al Estado un papel “solidario” para promover el desarrollo humano del país, y se rechaza la postura libertaria de reducir el tamaño de este en todos los niveles, a la vez que se sigue apoyando su política social activa, con miras a combatir la pobreza (Alvarado, 2017).

La coincidencia entre los republicanos norteamericanos y los partidos evangélicos costarricenses sobre el tema de la agenda moral no permite establecer que exista una relación político-ideológica entre estos, pero sí acusa el hecho de que la religión, de la cual ambos obtienen principios y valores para sus construcciones ideológicas, sí representa una fuente común: la teología evangélica. Adicionalmente, la doctrina básica que alimenta este conservadurismo moral con más activismo político es el *neopentecostalismo*, variante de las posturas evangélicas pentecostales originales, fundada y desarrollada en los EE. UU. que, por la vía de la actividad misionera eclesial y el adoctrinamiento teológico de las diferentes denominaciones, a través de cooperación directa o por los medios de comunicación cristianos, apoyados desde el norte, refleja más concretamente elementos del imperialismo cultural que los teóricos críticos tanto denuncian (Pérez, 2019).

Este *neopentecostalismo* evangélico de base estadounidense, cada vez más popular en América Latina, incide en la base teológica para que los evangélicos se empoderen y se atrevan a participar en el muy mundano espacio político, por medio de sus partidos. Su doctrina generó un giro teológico que inundó las denominaciones evangélicas y cambió las reglas del juego: mientras la visión clásica del pensamiento evangélico apostaba por una separación de los creyentes de las cosas del mundo, lo cual sentenciaba una reticencia expresa –a veces con tintes de renuncia– a los negocios, la música, los medios de comunicación y, desde luego la política, el *neopentecostalismo* invierte la relación y decreta la urgencia para que los creyentes, como “luz del mundo y sal de la tierra”, vayan a la conquista de ese mundo y tomen las bendiciones del cielo en muy mundano espacio de los negocios –teología de la prosperidad–, la música, el deporte, los medios de comunicación y la política (Pérez, 2017).

Podemos cerrar esta sección con la tesis de que para el caso costarricense encontramos una bifurcación entre la base teológica común entre los partidos evangélicos costarricenses y los republicanos estadounidenses, más no una relación orgánica e institucional entre ambos. Esto último no lo permite ni el sistema electoral del país, que tiene reglas muy claras y estrictas sobre este asunto, ni la cultura política doméstica, muy interiorizada en el orgullo nacional para con la democracia y su notable estabilidad histórica. El conservadurismo moral, sin embargo, sí ha drenado desde el neopentecostalismo norteamericano en su homónimo doméstico, en función de sus conexiones estrictamente religiosas –no políticas–, lo cual hace que en el subsuelo ideológico de estos partidos la influencia se infiltra desde el plano eclesial. En esta perspectiva, concluiremos el análisis con la verificación de esta circunstancia, propiamente, en relación con el conservadurismo republicano *trumpista*.

Trump y las elecciones estadounidenses de 2020: ¿indiferencia en medio de la identidad teológica en los partidos evangélicos costarricenses?

Con el contexto histórico y cultural que se ha tratado de dibujar en las líneas precedentes, las preguntas obvias saltan a la vista: ¿ha tenido el acalorado proceso electoral norteamericano algún impacto importante en la conducta o dinámica de los partidos evangélicos costarricenses?, ¿representa Donald Trump algún tipo de referencia para estos partidos o para sus representantes más connotados?, ¿realmente les importa a los políticos evangélicos las discusiones que se gestaron durante la contienda electoral estadounidense? y ¿manifestaron algún nivel de apoyo claro para el polémico político norteamericano? De los análisis precedentes, las respuestas apuntan hacia una postura negativa; sin embargo, procederemos a realizar una revisión panorámica del asunto para determinar si, en efecto, Trump y la política norteamericana del 2020 aparecen lejanas y de poca importancia para los partidos evangélicos costarricenses.

La discusión parlamentaria en Costa Rica: ¿debate diplomático o discusión ideológica?

Las elecciones presidenciales del 2020 en los Estados Unidos de Norteamérica representan, a todas luces, un punto de inflexión histórica en el desarrollo político de esta nación (Redacción, 2020). Donald Trump, reconocido hombre de negocios y polémico personaje que se involucró con el Partido Republicano

de ese país, había ganado cómodamente las elecciones del 2016 a Hillary Clinton, contra todos los pronósticos, para lo cual apeló al voto blanco, tradicional y cristiano, bajo una perspectiva claramente populista. Para el 2020, Trump trata de perpetuarse en el poder por cuatro años más, al enfrentarse al candidato demócrata Joe Biden, más cercano a posturas liberales e inclusivas en la diversidad del espectro norteamericano.

En una elección reñida y muy polémica, caracterizada por posiciones muy conflictuales y amarillistas entre los candidatos, Biden termina ganando la contienda con 306 votos contra 232, en el seno del colegio electoral estadounidense. El debate fue altamente polémico porque Trump, de una manera totalmente inusitada, en el “bastión” democrático occidental por excelencia, acusó a Biden y los demócratas de haber amañado las elecciones por medio de una suerte de “chorreo” de votos electrónicos que generaron el cuestionado cambio. Aún y si Trump gestionó recursos legales para traerse abajo el triunfo de Biden y luego de, literalmente, promover actitudes subversivas entre grupúsculos que tomaron el Capitolio en medio de la declaración del triunfo de su homónimo, todos los amagues fracasaron y la transición terminó de consolidarse con normalidad, aún y si Trump no participó, como siempre se había estilado, de la ceremonia de traspaso de poderes (Redacción, 2021).

Con semejantes antecedentes y dado el *show* político que supuso esta elección norteamericana, se podría considerar que en los países latinoamericanos y, particularmente, para el caso costarricense, el debate público pudo haber adquirido grandes dimensiones, con el protagonismo de los partidos evangélicos que, se podría suponer, podrían tener afinidades con el Partido Republicano y, en particular, con Trump. Pero no fue así. Aún y si los medios le siguieron la pista a la elección estadounidense y el subsecuente proceso de transición de poderes, lo cierto del caso es que el tema pasó de largo para una población costarricense y unos políticos, aún los evangélicos, mucho más preocupados por otros temas más cercanos a su realidad, como la crisis sanitaria y el colapso económico y fiscal del país.

Con todo, el único aspecto claro que conectó la realidad política de la nación ístmica con las tormentosas efemérides electorales de su poderoso vecino del norte fue la moción de orden que el 5 de octubre de ese año presentó una fracción minoritaria de su parlamento, el Partido Integración Nacional, para que el Plenario felicitara al presidente electo de EE. UU. La moción fue aprobada por 34 votos, con legisladores de todas las fracciones legislativas, salvo por cuatro

diputados evangélicos del Partido Nueva República, dos diputadas del tradicional Partido Unidad Social Cristiana y un diputado independiente. Por su parte, los diputados del Partido Restauración Nacional, agrupación evangélica con la que Fabricio Alvarado ganó la primera ronda electoral del 2018, apoyaron la moción sin mayores sobresaltos (Sequeira, 2020).

No obstante, la negativa de los legisladores no tuvo nada que ver, en el plano del discurso, con los vaivenes ideológicos involucrados con la elección norteamericana. Todos los argumentos fueron menos intensos, pues los disidentes de la moción, incluidos los evangélicos, votaron en contra al argumentar que no se podía apoyar la propuesta hasta que las instituciones oficiales del Estado norteamericano dictaran la resolución que declarara formalmente al ganador de las justas. En este sentido, el diputado evangélico que fungió como vocero del Partido Nueva República en este asunto, Jonathan Prendas, dijo sin tapujos:

Nosotros no ponemos la carreta delante de los bueyes. Simplemente cuando sea ratificado de forma oficial y constitucionalmente, pues no tenemos ningún problema en felicitar a quien es designado por vía electoral como presidente de los Estados Unidos. Antes me parece algo inoportuno y una acción que deberíamos pensar en función de la injerencia entre naciones que se está haciendo. Nosotros no somos quienes para declarar alguien presidente si sus propias instituciones no lo han hecho, simplemente, ese es el orden de las cosas (Ramírez, 2020).

La discusión ideológica, en cambio, la propuso el nada religioso partido más de izquierda en el espectro ideológico costarricense, con representación parlamentaria. En efecto, el líder del Partido Frente Amplio y su único diputado durante el periodo constitucional bajo análisis, José Ma. Villalta, señaló a Trump como un peligroso “fascista” que debía dejar la silla presidencial norteamericana. El diputado celebró:

La derrota del fascismo, en los Estados Unidos de Norteamérica, celebrar, sí, la derrota de Trump, que creo que todavía no la ha reconocido y no sabemos si la va a reconocer. [...] pero, derrotas de fuerzas que impulsaron el odio en América Latina, y en el mundo, la división, la ruptura del diálogo multilateral, la ruptura del Acuerdo de París, que promovieron el racismo y la xenofobia, contra los pueblos latinoamericanos, entre otros muchos pueblos. Creo que esa decisión del pueblo de los Estados Unidos es un mensaje claro de rechazo a esas políticas y a esos discursos de odio, a ese fascismo, que ha venido ganando terreno lamentablemente en el mundo. [...] y también esta moción la releemos y la reinterpretemos para resolver una omisión que se dio en este Parlamento, quería saludar al presidente Luis Arce, electo por abrumadora mayoría en la hermana república del Estado Plurinacional de Bolivia, que fue

una elección que pasó desapercibida en este plenario, a pesar de que meses atrás algunos diputados se sumaron en el discurso irreflexivo de apoyar un golpe de Estado que quedó claramente desacreditado, seguimos esperando la reparación, las disculpas por ese exabrupto, pero bueno al menos tuvimos esta oportunidad de decir estas breves palabras el día de hoy (Condega, 2020).

Aparte de las elocuentes y sagaces declaraciones del diputado frenteamplista, no hubo en el país ningún debate importante sobre el tema, salvo por algunas discusiones marginales en redes sociales. A pesar de ello, una periodista de un reconocido medio de comunicación trató de vincular la situación norteamericana con lo pasado en Costa Rica, a propósito del triunfo electoral del candidato evangélico en 2018, precisamente, el medio que tuvo un papel destacado en asociar al político con posturas presuntamente antimarianas –anticatólicas, debido a su fe– en esas justas (Zúñiga, 2019b). El debate de esta tesis conspiranónica, en todo caso, no pasó de un artículo de opinión editorial en ese medio, bajo el título “Las elecciones de Estados Unidos, una advertencia para Costa Rica”:

Las mismas teorías de conspiración y discursos de extrema derecha creados en beneficio de Trump han ido ganando espacio entre ciertos sectores del electorado costarricense. La intervención de algunas iglesias y líderes religiosos en normalizar la retórica conservadora extrema y los datos falsos es otro factor que debe estudiarse con detenimiento hacia las próximas elecciones. [...] Peor aún, las mismas teorías de conspiración y desinformación se observan con más fuerza entre simpatizantes de grupos que han amenazado la estabilidad e institucionalidad nacional. También se observan entre seguidores de partidos políticos religiosos. Ya en las elecciones de 2018 simpatizantes anónimos del partido religioso que llegó a segunda ronda diseminaron información falsa con el objetivo de poner en duda la integridad de las elecciones (Feigenblatt, 2020).

Nueva República y las elecciones estadounidenses de 2020: los “vecinos” de Trump

A esta altura de nuestros análisis queda claro que el tema de Trump y la política electoral norteamericana realmente constituye una cuestión marginal en el imaginario político costarricense, pues las discusiones sobre esta materia han sido mínimas. En lo tocante a los partidos evangélicos con más preponderancia en el país, Nueva República y Restauración Nacional, los cuales tenían representación parlamentaria al momento de las justas norteamericanas³, la situación presenta las mismas características y ninguno de los dos partidos hizo manifestaciones públicas oficiales o planteó acciones concretas que implicaran algún tipo de apoyo a Trump y los Republicanos en

esas elecciones. A guisa de ejemplo, ninguna de estas agrupaciones políticas puso sobre el tapete legislativo el tema, ni se vinculó a Trump en medio de sus graves denuncias de fraude electoral, y más bien, como se vio, fueron los otros partidos los que propusieron una moción para apoyar el triunfo de Biden.

Con esto en el tintero, sin embargo, la única vez que hubo algún tipo de debate sobre el tema, relacionado con uno de los partidos evangélicos señalados, Nueva República, estuvo vinculado a un programa de radio con proyección en redes sociales –*streaming*–, a cargo del presidente del partido, Francisco Prendas, y su secretario general y líder indiscutible, Fabricio Alvarado, ambos periodistas de profesión y dueños personales del espacio: el programa “*Vecinos*”. En efecto, ambos dirigentes políticos venían desarrollando desde hacía poco más de un año este programa radial, en un formato periodístico de entrevistas y comentarios, con la participación de invitados y especialistas en diferentes temas.

El 9 de noviembre del 2020 el programa *Vecinos* abordó el tema de las elecciones en EE. UU., con el concurso de los dos políticos periodistas y con un invitado internacional, el polémico politólogo argentino Agustín Laje, analista latinoamericano que es reconocido por participar en espacios académicos y de opinión para enfrentarse a la llamada “ideología de género”. A Laje, Fabricio Alvarado lo había traído a Costa Rica para presentar un libro escrito con otro colega argentino, Nicolás Márquez, intitulado “El libro negro de la nueva izquierda. Ideología de género o subversión cultural”, con el que han llevado su catecismo teórico de enfrentamiento a esas ideas en todo el continente (Márquez y Laje, 2015).

En el programa de comentario, Laje sostiene que lo ocurrido en EE. UU. es insólito, porque desde que Trump ganó las internas republicanas en 2015, el complejo cultural norteamericano se dedicó a atacarle sistemáticamente, y en las elecciones propiamente dichas, cuando todos pensaban que Trump había ganado, estos poderes fácticos le dieron vuelta a la contienda, lo que dejaba ver que los comicios los estaba ganando Biden. De esta manera, resume Laje:

Todo indica que las elecciones en EE. UU. han sido, por lo menos, sustancialmente irregulares, y esta irregularidad no empieza el 3 de noviembre, sino que empieza hace por lo menos 4 o 5 años, cuando el orden establecido, con los medios de comunicación a la cabeza, con las *Big Tech* a la cabeza, con las redes sociales a la cabeza, se dedican a emerger como actores y a condicionar las campañas políticas y crear opinión pública favorable para la destitución de Donald Trump. Porque se lo ha tratado de voltear muchísimas veces, con el tema de la falacia de los rusos, con el *impeachment*,

de una u otra forma se lo han tratado de voltear y, bueno, finalmente, se lo volteó con lo que puede ser quizás el fraude más grande de la historia de los EE. UU. (Alvarado, 2020).

Fiel a su estilo, Laje no se anda por las ramas y denuncia directamente el presunto fraude electoral, según su punto de vista, lo que incluye la existencia de votos fantasmas, de personas fallecidas que votan, *software* que fallan y demás irregularidades, todo orquestado por un poder que está por encima de la democracia y el Estado: los medios de comunicación y las redes sociales.

Por su parte, los dos dirigentes políticos conductores del espacio de opinión mantienen una narrativa, a lo largo del programa, con la que avalan los puntos de vista de Laje sobre la situación en Estados Unidos y el súper poder que presuntamente la controla. Aún y si su discurso no es tan incendiario como el de su invitado, está claro que sí expresa un apoyo tácito a sus argumentos, lo que, sin embargo, debe aclararse, no es una narrativa de apoyo irrestricto hacia Trump y los republicanos, sino un cuestionamiento abierto y explícito hacia los grupos sociales y culturales –medios de comunicación y redes sociales– de poder que se opusieron a Trump, encarnados políticamente en el Partido Demócrata y Biden. En esta línea, sentenció el presidente neorrepublicano:

Los medios de comunicación no pueden venir a decir que ya hay presidente cuando hay procesos abiertos. [...] Hay muchos cuestionamientos como lo que usted está diciendo, pero entonces, a ver, Agustín, aquí estamos ante una maquinaria enorme que va a decir que son teorías de la conspiración, que son malos perdedores [...] coincidencia o no, todos con la misma línea, usted ve a Maduro, ve a Evo Morales, todo un sistema que andan juntitos siempre por todo el mundo. Aquí el PAC se aventuró a decir Joe Biden, Kamala Harris y diputados del PAC celebrando también como si no conocieran la institucionalidad y la legalidad (Alvarado, 2020).

De esta forma, los “vecinos” de Nueva República no expresan una relación abierta de simpatía hacia Trump, sino que acogen la tesis de la dictadura mediática mundial que Laje hila a lo largo del programa. Al final, el héroe no es Trump, ni los republicanos; sino que el villano son todos estos medios de comunicación y los capitanes de la industria de las redes sociales que crean la verdad e imponen una visión de mundo según sus antidemocráticos planes, y acallan a los que se atreven a oponerse a su influencia, o a denunciar su maldad. De esta forma, Nueva República y los Republicanos no son realmente “vecinos entrañables”, pero ambos tendrían un enemigo común, cuando menos en la narrativa del programa analizado.

Reflexiones finales

Los partidos evangélicos en Costa Rica, la democracia históricamente más estable de América Latina, constituyen uno de los ejemplos más particulares sobre el ascenso de la importancia de estos sectores sociales en el ámbito político. Aún y si de la mano de Fabricio Alvarado, el salto electoral en 2018 representó un caso excepcional, explicable en condiciones de coyuntura muy particulares, lo cierto del caso es que el candidato evangélico logró convencer a la mayoría de la población votante costarricense, al punto de obtener el triunfo en la primera ronda electoral. En este contexto, el análisis de las relaciones de este tipo de partidos con su contexto internacional y, en lo que interesa, con el movimiento *trumpista* en la política norteamericana, representa una veta de investigación que es necesario abordar.

El desarrollo del movimiento evangélico costarricense, que inició en 1840 cuando llegaron los primeros creyentes protestantes al país, se caracterizó por un desarrollo lento pero sostenido por medio del cual estos grupos sociales empezaron a tener cada vez más importancia, sobre todo en la última etapa identificada, su expansión, acaecida desde 1980 hasta hoy. En cualquier caso, durante todo este proceso histórico, la influencia misionera de las iglesias evangélicas norteamericanas ha sido una constante que, sin duda, ha marcado su desarrollo teológico y organizativo.

Las relaciones de interdependencia que sugieren las teorías del imperialismo cultural y la identidad parecen tener asidero en la parte puramente eclesial, con las permanentes oleadas de ideas y recursos provenientes del norte para fundar y desarrollar confesiones evangélicas en suelo costarricense, pero no así en el plano político, en donde no se observa un claro flujo de influencia en ese sentido. Los partidos evangélicos costarricenses, que se desarrollaron al tenor de la teología neopentecostal exportada por EE. UU. mediante sus esfuerzos misioneros y de comunicación, nunca han tenido conexiones políticas, ideológicas o financieras con sus homólogos norteamericanos, particularmente, con el Partido Republicano.

Los factores explicativos de esta circunstancia son múltiples y variados, y obedecen a la especificidad política y cultural de Costa Rica. En particular, sobre sale el hecho mismo de que la democracia costarricense ha sido muy estable y tiene un alto grado de consolidación institucional en el contexto latinoamericano, como consecuencia de estar fundamentada en un proceso político en el que la opción castrense fue excluida hace más de siete décadas.

Los partidos evangélicos están plenamente conectados con la institucionalidad y cultura política doméstica lo que, además de las restricciones que impone el ordenamiento jurídico electoral del país, inhibe cualquier intento por desarrollar relaciones orgánicas con sus hermanos políticos del norte, agrupados en el Partido Republicano.

Con este elemento como telón de fondo, no es posible observar relaciones de política internacional claras entre los partidos evangélicos del país centroamericano, la figura de Donald Trump y el movimiento político que él representa en el Partido Republicano estadounidense. Para los partidos evangélicos, el liderazgo de Trump no tiene mayor peso e importancia en su gestión política cotidiana, y toda la polémica vorágine que caracterizó la elección norteamericana, y el tortuoso traspaso de poderes que le siguió, si acaso generó alguna reacción oficial en el congreso costarricense. Lo anterior, mediante una moción presentada para felicitar a Biden tempranamente, por parte de un partido minoritario, en relación con lo cual una de las agrupaciones evangélicas se opuso al apelar a criterios estrictamente diplomáticos, más que ideológicos, en tanto la discusión de este tinte estuvo a cargo del partido más de izquierda del espectro parlamentario.

Al final, es en el subsuelo teológico en donde se encuentran más conexiones claras entre los partidos evangélicos costarricenses y su homólogo norteamericano: el conservadurismo relacionado con la agenda moral. En este punto, ciertamente, es la fe de muchos de los prosélitos de esos partidos, que también es coincidente con las de los católicos más practicantes, la que alimenta una ética conservadora en el manejo de esa agenda, a propósito del aborto, el matrimonio entre personas del mismo sexo y demás temas similares. Empero, aparte de eso, no hay vasos ideológicos y políticos comunicantes de importancia entre estos partidos, lo cual refleja la autonomía del sistema de partidos de Costa Rica y el desinterés explícito de sus vecinos del norte para hacer contacto claro, cuando menos en este país ístmico.

Referencias

- Alfaro, R., Alpízar, F., Guzmán, J. y Cascante, M. J. (2018). *Proyecto estudios de opinión. Resultados de la encuesta de opinión sociopolítica realizada en febrero de 2018*. Centro de Investigación y Estudios Políticos/ Universidad de Costa Rica.
- Alvarado, F. (2017). *Costa Rica. ¡Hagámoslo juntos! Plan de gobierno 2018-2022*. Partido Restauración Nacional.
- Alvarado, F. [Fabricio Alvarado]. (9 de noviembre de 2020). *Tema de hoy: elecciones en Estados Unidos* [Video]. YouTube. https://www.youtube.com/watch?v=_kAuOTt9mJw
- Castells, M. (1998). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol. 2. El poder de la identidad*. Alianza.
- Condega, X. (8 de diciembre de 2020). Desde la Fracción del Frente Amplio celebramos la derrota de Trump, asegura Villalta. *Elmundo.cr*. <https://www.elmundo.cr/costa-rica/desde-la-fraccion-del-frente-amplio-celebramos-la-derrota-de-trump-asegura-villalta/>
- Dabène, O. (1992). *Costa Rica: juicio a la democracia*. FLACSO.
- Escobar, A. (2007). *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Fundación Editorial el Perro y la Rana.
- Feigenblatt, H. (6 de noviembre de 2020). Las elecciones de Estados Unidos, una advertencia para Costa Rica. *La Nación*. <https://www.nacion.com/blogs/posverdades/las-elecciones-de-estados-unidos-una-advertencia/DZV2RF5HUFBK3C3B4QSTLAVPBA/story/>
- Fuentes, L. (2019). Politización evangélica en Costa Rica en torno a la agenda "provida": ¿Obra y gracia del Espíritu Santo? *Rupturas*, 1(9), 85-106.
- Gómez, J. (1996). *El crecimiento y la deserción en la iglesia evangélica costarricense*. Asociación Instituto Internacional de Evangelización.
- Hernández, G. (2009). *El sistema de partidos de Costa Rica (1953-2006)*. Instituto de Investigaciones Sociales/ Universidad de Costa Rica.
- Holland, C. (2011). *El movimiento protestante en Costa Rica*. Programa Latinoamericano de Estudios Sociorreligiosos.
- Holland, C. (2015). Un análisis de cambios en la afiliación religiosa de América Central, 1970-2014. *SIOW*, 9(1), 79-130.
- Lizano, E. (1999). *Ajuste y crecimiento en la economía de Costa Rica: 1982-1994*. Academia Centroamericana.

- Lozano, J. C. (1996). *Teoría e investigación de la comunicación de masas*. Pearson.
- Márquez, N. y Laje, A. (2015). *El libro negro de la nueva izquierda. Ideología de género o subversión cultural*. Unión Editorial/ Centro de Estudios Libre.
- Mattelart, A. (2000). *Historia de la utopía planetaria. De la ciudad profética a la sociedad global*. Paidós.
- Obregón, C. (1985). Algunos aspectos de las relaciones internacionales. En V. De la Cruz, et al., *Las instituciones costarricenses del siglo XIX* (pp. 153-180). Editorial Costa Rica.
- Pérez, J. L. (2017). *Entre Dios y el César. El impacto de los evangélicos en el Perú y América Latina*. Konrad Adenauer Stiftung/ Instituto de Estudios Social Cristianos.
- Pérez, J. L. (2019). ¿Políticos evangélicos o evangélicos políticos? Los nuevos modelos de conquista política de los evangélicos en América Latina. En J. L. Pérez y S. Grundberger, *Evangélicos y poder en América Latina* (pp. 13-192). Konrad Adenauer Stiftung/ Instituto de Estudios Social Cristianos.
- Ramírez, L. (7 de diciembre de 2020). Cuatro fabricistas y dos socialcristianas votan en contra de felicitar a presidente electo de EE. UU. *AmeliaRueda.com*. <https://www.ameliarueda.com/nota/fabricistas-socialcristianas-votan-contra-biden-noticias-costa-rica>
- Redacción. (17 de noviembre de 2020). *BBC News*. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-54979246>
- Redacción. (20 de enero de 2021). *BBC News*. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-55739381>
- Rojas, F. (1992). *Política exterior de la Administración Arias Sánchez 1986-1990*. Flacso.
- Rojas, F. y Solís, L. G. (1988). *¿Súbditos o aliados?* Porvenir-Flacso.
- Rosales, R. (2009). *Los partidos políticos. Institucionalización, democratización y transparencia*. Educatex.
- Rovira, J. (1982). *Estado y política económica en Costa Rica*. Porvenir.
- Sequeira, A. (8 de diciembre de 2020). Siete diputados votan contra felicitación a Joe Biden. *La Nación*.
- Simbaña, R. (2015). *Religión y política: protestantismo en América Latina*. Siglo XXI.
- Tribunal Supremo de Elecciones. (2009). *Código electoral. Ley número 8765*. Tribunal Supremo de Elecciones.
- Tribunal Supremo de Elecciones. (22 de marzo de 2022). *Declaratoria de elección de diputados y diputadas a la Asamblea Legislativa de la República de Costa Rica, para el periodo*

constitucional comprendido entre el 1 de mayo de 2022 al 30 de abril de 2026 (1555-E11-2022). Tribunal Supremo de Elecciones.

Tribunal Supremo de Elecciones. (8 de noviembre de 2020). *Tribunal Supremos de Elecciones*. <https://www.tse.go.cr/2020/declaratorias.htm>

Vázquez, T. (2020). Teorizando sobre comunicación política en América Latina. En E. Romero, *Enfoques críticos sobre las teorías y las prácticas políticas en América Latina del siglo XXI* (pp. 86-107). Editorial Feijóo.

Vega, J. L. (1986). *Hacia una interpretación del desarrollo costarricense. Un ensayo sociológico*. Porvenir.

Vranicki, P. (1977). *Historia del marxismo* (Vol. I y II). Sígueme.

Zúñiga, C. (2019a). Costa Rica: el poder evangélico en una democracia estable. En J. L. Pérez y S. Grundberger, *Evangélicos y poder en América Latina* (pp. 321-352). Konrad Adenauer Stiftung/ Instituto de Estudios Social Cristianos.

Zúñiga, C. (2019b). Restauración Nacional en las elecciones del 2018: ¿Guerra de religiones en una democracia posmaterial? En M. Rojas y I. Treminio, *Tiempos de travesía. Análisis de las elecciones 2018 en Costa Rica* (pp. 197-222). Flacso.

Zúñiga, C. (2021). Costa Rica: los hermanos separados en la política evangélica costarricenses. En J. L. Pérez, *De pastores a políticos. Ensayos sobre la relación entre evangélicos y política en América Latina*. Konrad Adenauer Stiftung.

Anuario de Estudios Centroamericanos

Equipo editorial/Editorial Team

Directora

Dra. Elizeth Payne Iglesias
Escuela de Historia,
Universidad de Costa Rica
elizeth.payne@ucr.ac.cr

Editora

Ariana Alpízar Lobo
Universidad de Costa Rica
ariana.alpizar@ucr.ac.cr

Consejo editorial/ Editorial Board

Dra. Eugenia Ibarra Rojas
Academia de Geografía e Historia de Costa Rica, Costa Rica
eugenia.ibarra68@gmail.com

Dr. Jorge Rovira Mas
Profesor Emérito,
Universidad de Costa Rica, Costa Rica
jroviramas@gmail.com

Msc. César Villegas
Escuela de Trabajo Social,
Universidad de Costa Rica, Costa Rica
cvillegash@gmail.com

Dra. Denia Román Solano
Universidad de Costa Rica, Costa Rica
Escuela de Antropología,
denia_rs@yahoo.com

Dra. Tania Rodríguez Echavarría
Escuela de Geografía y Escuela de Ciencias Políticas,
Universidad de Costa Rica, Costa Rica
tania.rodriguezechavarria@ucr.ac.cr

Dr. Carlos Sandoval García
Escuela de Ciencias de la Comunicación Colectiva,
Universidad de Costa Rica, Costa Rica
carlos.sandoval@ucr.ac.cr

Dr. Ronald Alfaro Redondo
Escuela de Ciencias Políticas,
Universidad de Costa Rica, Costa Rica
ralfaro@estadonacion.or.cr

El **Anuario de Estudios Centroamericanos** (AECA), fundado en 1974, es una revista académica de acceso abierto, editada en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Costa Rica. Es una publicación continua presentada en formato electrónico. En la actualidad es una de las pocas publicaciones que se realizan sobre América Central bajo una perspectiva regional. Así, el AECA cubre temas que se ocupan del análisis de la realidad histórica y presente de la región centroamericana y de las sociedades que la constituyen.

El Anuario es una publicación internacional. En sus páginas tienen cabida artículos, ensayos y reseñas que se realicen, en español e inglés, desde una perspectiva interdisciplinaria en el amplio espectro de las ciencias sociales y la cultura en general, tanto dentro como fuera de la región. El objetivo central es comprender las sociedades centroamericanas desde las más diversas perspectivas: económicas, sociales, políticas y culturales. De manera que se puedan obtener explicaciones científicas y académicas a las principales problemáticas que aquejan la región o que la caracterizan desde sus tradiciones, cultura material e inmaterial, poblaciones y grupos étnicos, género y ambiente, entre otros aspectos.

El AECA está dirigido a personas interesadas en la realidad actual e histórica de la región centroamericana. Actualmente, se encuentra en índices rigurosos como SciELO, Redalyc, Dialnet, DOAJ, Latindex, REDIB, entre otros.